

La actitud marxista ante el Estado social *

Por JOSE MARTINEZ DE PISON

Logroño

I. TRAYECTORIA DEL MARXISMO DESPUES DE MARX

El marxismo después de Marx constituye uno de los fenómenos intelectuales más interesantes y fascinantes del siglo XX y que ha tenido una incidencia más que relevante en la vida social y política de muchas naciones del planeta. Pocas corrientes de pensamiento han sido tan fecundas en sus aportaciones a un análisis profundo de la sociedad y de su dinámica como la de los herederos de Marx y, al mismo tiempo, paradójicamente ha permanecido tan esclerotizada en sus presupuestos y su formulación iniciales, salvadas contadas e insignes personalidades, como para constituir un código ideológico cerrado y críptico, impermeable, a veces, al contacto con otras reflexiones e, incluso, a los cambios sociales. Tras la muerte de Marx, «en conjunto, el marxismo como teoría filosófica general se convirtió en letra muerta o adoptó una forma ecléctica, a pesar de la gran cantidad de literatura interpretativa de las premisas principales del materialismo histórico»¹. De hecho, aún hoy, el marxismo forma toda una escolástica sólo comprensible para quien es un iniciado. Ciertamente, muchas de las apor-

* Este artículo se enmarca en un proyecto más amplio de estudio del actual panorama de la reflexión sobre el Estado; muchas de las presunciones o, por qué no decirlo, de las ambigüedades tienen en ello su causa. Por otra parte, ha sido posible gracias a una ayuda a la investigación concedida en el marco del convenio entre la Universidad de La Rioja y Caja Rioja.

1. KOLAKOWSKI, L., *La edad de oro*, en *Las principales corrientes del marxismo*, vol. 2, 2.^a edic., versión española de J. Vigil, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 11.

taciones de Marx forman ya parte del acervo cultural occidental, aunque pocos sean los que lo reconozcan. Pero, esta vulgarización vanal, por lo que tiene de simplificación y desviación del pensamiento original, no hace más que complicar una reflexión cabal sobre el marxismo. En efecto, sus instrumentos de análisis, sus conceptos e hipótesis tienen una conformación que cada vez es más independiente de las bases de la economía política. El interés por las teorías marxistas, lo que justifica este artículo, deriva de que la estructura de la sociedad, y de forma derivada también el Estado, ha sido y es uno de los objetivos primordiales de sus análisis y en verdad que no es una pérdida de tiempo dedicarse a investigar sus propuestas y sus conclusiones.

Tras la muerte de Marx, su legado teórico y el monopolio de la acción de los partidos socialistas pasó íntegramente a la II Internacional (1889-1914) que a duras penas pudo sobrevivir a los avatares de la época hasta que el inicio de la I Guerra Mundial y los debates entre partidarios de la defensa de cada país, y, por tanto, la lucha de los obreros de los países contendientes entre sí, supuso su acta de defunción. En el ínterin y durante el período de su existencia, vivió momentos estelares del movimiento socialista y, probablemente, la época dorada del pensamiento socialista con los debates con el anarquismo y, además, la depuración de alguno de sus presupuestos teóricos en la polémica con los revisionistas. Al final, esta federación de sindicatos y partidos socialistas que parecía encarnar el sueño de Marx se desmigajaría ante al impulso de la revolución rusa y la comprobación de que las fórmulas de compromiso pergeñadas entre la ortodoxia y los revisionistas se desmoronaban en cuanto se confrontaban con la realidad. Luego, la teoría de Marx quedó escindida en dos, entre la escuela marxista ligada a la nomenclatura rusa doctrina firmemente anquilosada tras la revisión de Lenin y Stalin, y el marxismo occidental que, frente al monolitismo soviético, ha reelaborado sin tapujos y de la forma más variopinta el pensamiento de Marx, circunscribiéndose, primeramente, a los países latinos de Europa, sobre todo, Francia e Italia y, en menor medida, España, y que, en la actualidad, tiene su ámbito de expansión en los países anglosajones.

Pero, desde el inicio y auge de la II Internacional hasta su posterior declinar, el pensamiento socialista y las lecturas de Marx no fueron las mismas. Para comprender bien estas etapas y la evolución doctrinal del marxismo en general, siguen siendo de inestimable ayuda los tres volúmenes del libro *Las principales corrientes del marxismo*, de L. Kolakowski. Aunque, como dice J. Elster, su desarrollo no deja de ser deprimente ².

2. Escribe ELSTER: «Aunque el movimiento marxista haya producido algunos grandes líderes políticos, no ha habido pensadores sobresalientes después de Marx. Más aún, la propensión de algunos líderes políticos a creerse grandes pensadores y su habilidad para imponer esta opinión sobre otros ha tenido un efecto de permanente

En efecto, un marxista en los inicios de la II Internacional se identificaba plenamente con las ideas de que el socialismo era una cosmovisión que daba sentido una comprensión de la realidad y que ésta se basaba en análisis científicos y no en falsas mistificaciones o espiritualismos. Precisamente, el análisis científico de la realidad le permitía predecir que el socialismo es la consecuencia inevitable y etapa histórica final de la tendencia de la sociedad capitalista a autodestruirse debido a los procesos iniciados de concentración de capital y, por tanto, a la acuciante exigencia de perpetuar la acumulación de beneficios. Asimismo, para el socialista de primeros del siglo XX, el futuro implicaba la abolición de la propiedad privada y de la explotación capitalista, y de cualquier privilegio y desigualdad derivado de la riqueza. La sociedad socialista detendrá la propiedad pública de los medios de producción, removerá las desigualdades y las diferentes discriminaciones, y hará posible un bienestar general. Para ello, se exige la lucha del proletariado contra el sistema capitalista, y no las meras reformas, y, a la postre, la necesidad de un golpe revolucionario que derrumbe al capitalismo. Desde luego, en el batiburrillo de doctrinas y de los socialismos marxistas y no marxistas que poblaban la II Internacional, existía mucha disparidad de pareceres, lo que ocasionaba debates y discusiones, pero puede decirse que lo enunciado antes son unas líneas maestras de lo que ahí se propugnaba.

Pero, lo cierto es que, como efecto de esos debates y de la situación interna de los partidos que lideraban la II Internacional y de las realidades nacionales, hubo en el transcurso de los primeros años del siglo XX y hasta la I Guerra Mundial algún cambio sustancial en el ideario socialista. La polémica revisionista de E. Bernstein frente al ortodoxo K. Kautsky en el SPD alemán, uno de los más influyentes partidos socialistas en la II Internacional, no dejó de tener su influencia más general. El programa de Erfurt del SPD, fruto del compromiso entre los dos socialistas, ya contempla la vía de la lucha por las reformas dentro de la sociedad capitalista como antesala a una revolución que instaurase un sistema socialista y liberase al proletariado de la explotación. Incluía, además, un conjunto de objetivos prácticos a conseguir en la lucha que reflejan a las claras la tendencia revisionista: desde el sufragio universal, la reforma del ejército, la defensa de la libertad de expresión y reunión, sobre la educación y asimismo recogía derechos de las mujeres y de la infancia. Bernstein defendía a las claras que el derrumbe del capitalismo no estaba tan cercano y que podía reformarse desde dentro utilizando medios no violentos.

estulticia sobre la vida intelectual en los países comunistas. Los marxistas de Europa occidental, por el otro lado, se han destacado por el oscurantismo, el utopismo y la irresponsabilidad. Existen matices y excepciones, pero en su conjunto es difícil no suscribir la valoración negativa de Kolakowski sobre el desarrollo de la doctrina marxista». Vid. J. ELSTER *Una introducción a Karl Marx*, trad. M. García Aldonante, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 13.

También el movimiento socialista austriaco vivió un momento de eclosión y de gran brillantez teórica de la mano de M. Adler, O. Bauer y K. Renner, que les llevó a no respetar siempre la ortodoxia marxista y que, especialmente tras la caída del Imperio Austro-Húngaro y, por consiguiente, el ascenso al poder del partido socialista y, por tanto, de la clase trabajadora, les hizo plantearse la tesis de la extinción del Estado, entrando en clara contradicción con la matriz marxista, como se percató otro ilustre de la época, H. Kelsen³.

Como afirma Kolakowski, la fuerza del revisionismo en líneas generales no residía en los argumentos de sus defensores, sino en la inoperancia de los postulados teóricos defendidos por la ortodoxia marxista: «Los activistas del partido que apoyaban a Bernstein no se interesaban por su crítica de la dialéctica, o incluso por la teoría del valor o la concentración de capital, sino más bien expresaban la forma de pensar de los líderes de los trabajadores que veían un abismo entre las austeras fórmulas revolucionarias del programa del partido y su política real, y no podían ya adscribir un significado práctico a los dogmas marxistas tradicionales»⁴.

El pensamiento marxista durante la II Internacional y en el período de entreguerras tuvo también sus críticos izquierdistas como lo fue el propio Lenin y Rosa Luxemburgo quienes, en sus disputas y al margen de posturas revisionistas, se planteaban cuál era la forma de conducir el movimiento socialista hacia el éxito. El primero a través de una organización de trabajadores con una estructura cerrada y jerárquica, mientras que la segunda confiaba más en un impulso espontáneo y revolucionario del proletariado. El devenir posterior le dio a cada uno la razón a su manera: el uno lideró el partido bolchevique que tomó el poder durante la revolución de Octubre instaurando así el sistema soviético ya conocido; la otra lideró ese movimiento anárquico que fue la Liga Spartakus, que, ocupando fábricas y contando con el apoyo de unos soldados que abandonaban en masa las armas, trajo en jaque al gobierno alemán tras la I Guerra Mundial, para acabar finalmente asesinada en plena acción revolucionaria.

Desde la II Guerra Mundial, los autores que se adscriben a la corriente marxista y que utilizan sus instrumentos conceptuales constituyen legión y sus propuestas son de lo más variado. La verdad es que no es fácil realizar una clasificación que ayude a su análisis, pero, si hubiese que optar por algún tipo de división, sin duda, P. Anderson parece dar en el clavo cuando afirma que puede hacerse una línea divisoria entre los marxistas que escriben antes de los 70s y los que escriben después. Y ello porque los temas y los problemas son distintos —la bondad del Estado social se pone en tela de juicio—, sus inquietudes

3. KELSEN, H., *Socialismo y Estado*. trad. A. García Ruiz, Siglo XXI, 1982.

4. KOLAKOWSKI, L., *La edad de oro*, en *Las principales corrientes del marxismo*, vol. 2, *op. cit.*, p. 31.

también y porque se produce una traslación de la cultura marxista de unas zonas a otras del planeta ⁵. O, como afirma M.^a Josefa Rubio Lara, no es lo mismo lo que defienden los marxistas de los años 60s que lo de los 70s y siguientes, ni en su contenido ni en sus presupuestos ni en sus conclusiones ⁶. ¿Qué es lo que distingue a unos y a otros? Según Anderson, al menos dos puntos: por un lado, el abandono de cuestiones de índole epistemológico o estético en favor de «un repentino entusiasmo por lo concreto» paralelo a «la tremenda densidad de la investigación económica, política, sociológica y cultural en marcha»; y, por otro lado, un cambio en su localización, pues el auge del nuevo marxismo se produce en Gran Bretaña y Norteamérica, mientras que entra en crisis «un cierto marxismo, geográficamente confinado a la Europa latina: Francia, Italia y España, esencialmente» ⁷.

Pues bien, el marxismo de la primera hornada, si seguimos el esquema de Anderson, sería cultivado por autores formados con anterioridad a la II Guerra Mundial y, por tanto, directamente impresionados por los acontecimientos que la rodean. En líneas generales, si algo caracteriza a todos ellos, es su intento por reelaborar el pensamiento marxista en síntesis con alguna otra corriente filosófica de moda como el estructuralismo, la fenomenología, el existencialismo, etcétera. Entre ellos, destaca, por ejemplo, G. Luckács o E. Bloch. Mención especial merece la Escuela de Frankfurt con personajes tan destacados como Th. Adorno y M. Horkheimer, quienes desmontaron la razón instrumental y las bases ilustradas del capitalismo contemporáneo. Igualmente otro miembro de esta escuela, sin duda, de amplia influencia en la intelectualidad europea hasta los años 70s fue H. Marcuse cuyo libro *Razón y revolución* sigue siendo de inestimable ayuda para comprender las raíces hegelianas del pensamiento marxista. Por último, reseñar que aún hoy esta corriente tiene su continuación en J. Habermas, crítico acerado del capitalismo y que ha encontrado en la acción comunicativa un punto de partida para una fundamentación ética de la sociedad. El pensamiento marxista francés también ha dado considerables frutos aunque ha derivado hacia síntesis con el estructuralismo lo que, a la postre, le ha llevado a una pérdida de sus hipótesis originales. En este panorama, cabe mencionar a J. P. Sartre y a otros dedicados a disciplinas no filosóficas como E. Morin, F. Chatelet y H. Lefebvre.

5. ANDERSON, P., *Tras las huellas del Materialismo histórico*, Trad. de Terrén, Madrid, Siglo XXI 1986, p. 19 y ss. De hecho, escribe el siguiente epitafio: «La imponente tradición del marxismo occidental —con sus tonalidades epistemológicas o estéticas, sombrías o esotéricas— ha llegado realmente a su fin, y en su lugar ha nacido con una rapidez y una confianza notables otro tipo de cultura marxista, orientada primordialmente hacia esas cuestiones de orden económico, político o social que faltaban en su predecesora».

6. RUBIO LARA, M.^a J., *La formación del Estado social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991, p. 386.

7. ANDERSON, P., *Tras las huellas del materialismo histórico*, op. cit., p. 24 y 30.

Sin olvidar a L. Althusser quien ha dado al marxismo francés muchas de sus páginas más fecundas. Lo cierto es que hasta mediados de los años 70s, especialmente, una vez se empezaron a notar las consecuencias de una cierta bonanza económica, el ambiente cultural y social en los países occidentales fue un caldo de cultivo para la propagación de la teoría marxista entre la burguesía y clases medias-altas cuya materialización más conocida fueron los sucesos de mayo del 68. Y que, en resumidas cuentas, se ha concretado en movimientos más o menos fundados que se autoproclaman «Nueva Izquierda» y cuya mezcla ideológica, del marxismo con otras escuelas, es bastante clara pues, en palabras de Kolakowski, constituye «un complejo de fenómenos que testimonian, por una parte, la universalización de la fraseología marxista y, por otra, la desintegración de la doctrina y su insuficiencia para resolver los modernos problemas sociales»⁸. Pese a todo, han contribuido y contribuyen a impulsar y a reanimar la discusión ideológica y la crítica a la sociedad capitalista y el Estado social.

Fruto de esta reanimación ha sido la aparición de obras de corte marxista a partir de mediados de los 70s. Entre otros, destacan R. Miliband con su polémica con N. Poulantzas, y P. Baran y P. Sweezy, que siguen las pautas marxistas clásicas al considerar al Estado como instrumento de la clase dominante. Y, desde otra orientación, los J. O'Connor, A. Wolfe, C. Offe, quienes centran su interés en las contradicciones del Estado moderno. Un dato a destacar es que los autores no se circunscriben a un país o a una única línea de pensamiento. Y, por otra parte, no es desdeñable, como ya apunté antes, la importancia creciente que tiene el marxismo americano y, en general, del anglosajón que se está expandiendo a disciplinas como la economía, sociología y la historia.

II. POR UNA TEORÍA MARXISTA SOBRE EL ESTADO EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

R. Miliband realiza en *El Estado en la sociedad capitalista* un análisis del Estado en el sentido más clásico del pensamiento marxista. Su descripción de la estructura de la sociedad, de las élites y su imbricación en los mecanismos estatales es, con todo, un intento de superar alguna de las muchas carencias que tenía el propio pensamiento de Marx. Precisamente en este extremo radica buena parte de su interés por cuanto la tradición marxista, en su obsesión por analizar la estruc-

8. KOLAKOWSKI, L., *La crisis*, en *Las principales corrientes marxistas*, vol. 3, *op. cit.*, p. 468. Kolakowski, en consonancia con su opinión negativa de la evolución del marxismo tras la II Guerra Mundial, no es precisamente muy benevolente con el movimiento de la Nueva Izquierda del que dice que «sus fantasías ideológicas, que alcanzaron su climax hacia 1968-69, no eran más que la expresión absurda de los caprichos de niños inquietos de clase media» (p. 471).

tura de la sociedad y las leyes de su dinámica, no se había preocupado por realizar una reflexión seria sobre el Estado bajo el capitalismo, al margen de que puedan encontrarse muchas referencias al mismo en la obra de Marx. Esta falta de referente hizo que las incursiones de algunos marxistas fuesen bastante dispares. El mismo autor que menciono es consciente de esta laguna y de esta problemática: «Vale la pena recordar que el propio Marx nunca intentó realizar un estudio sistemático del Estado. Era ésta una de las tareas que confiaba emprender como parte de un vasto programa de trabajo proyectado en la década de 1850 y cuya única parte plenamente terminada es el tomo I del *Capital*. Sin embargo, en casi todos los escritos aparecen constantemente referencias al Estado en los diferentes tipos de sociedad; y en lo referente a las sociedades capitalistas, su concepción fundamental resumida en la famosa expresión del Manifiesto comunista: el ejecutivo del Estado moderno no es sino un comité para arreglar los asuntos comunes a toda la burguesía»⁹. A las opiniones de Marx y Engels, derivadas de esta visión y que, a la postre, definía al Estado como instrumento de coerción de la clase dominante que, a su vez, era caracterizada en función de sus propiedades y el control de los medios de producción, se suma la aportación de Lenin con el libro *El Estado y la revolución*, en el cual reafirma y desarrolla la tradición marxista. Y también la teoría sobre el Estado de A. Gramsci. Por lo demás, continúa el mismo autor, los marxistas han dado una visión excesivamente simple de las relaciones entre la sociedad civil y del Estado sin referencia a su realidad socioeconómica, política y cultural concreta. Pues bien, el conjunto de la obra de Miliband viene a completar este vacío con la elaboración de una teoría sobre el Estado de corte marxista.

En líneas generales, su análisis, por tanto, desarrolla las ideas maestras del pensamiento de Marx, aunque adaptándolas a la realidad de la sociedad del capitalismo avanzado. En efecto, «las ideas de Miliband son representativas de la interpretación instrumentalista, según la cual las políticas de reformas ni han supuesto ni pueden suponer una modificación de las estructuras, debido en parte a que el Estado de las sociedades avanzadas ha perpetuado su carácter clasista»¹⁰. Su intención metodológica es simplemente describir cómo en el Estado moderno perviven los mismos errores que predijo Marx del Estado capitalista liberal, que ha habido transformaciones, pero que éstas no han cambiado sustancialmente las viejas estructuras de dominación y, en consecuencia, que se cumplirán sus predicciones sobre el fin del capitalismo. En esta línea, centra el objeto de su trabajo en el estudio de los componentes de la clase dominante y de sus ramificaciones en la es-

9. MILIBAND, R., *El Estado en la sociedad capitalista*, trad. Fco. González Aramburu, 13.^a edic., México, Siglo XXI, 1985, p. 7.

10. RUBIO LARA, M.^a J., *La formación del Estado social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991, p. 387.

estructura estatal, así como en los procesos que sirven para sustentar su dominio sobre las otras clases. Mantiene, así, el esquema dual de Marx sobre las clases: propietarios y proletarios. En su visión, las clases dominantes se caracterizan por ser las clases más pudientes, las ricas y propietarias de los bienes y medios de producción, y además detentan el poder político, pues quienes ocupan esos cargos salen, se educan y conviven con las clases dominantes y, en definitiva, defienden sus intereses.

Centra su estudio en un conjunto de sociedades que tiene bastantes semejanzas, las sociedades postcapitalistas o del capitalismo avanzado: «son sociedades que tienen una base económica amplia, compleja, grandemente integrada y tecnológicamente avanzada, en donde a la producción industrial le corresponde, con mucho, la parte mayor de su producto nacional bruto, en tanto que la agricultura constituye una esfera relativamente pequeña de la actividad económica; y son sociedades en las que la parte principal de la actividad económica se lleva a cabo con fundamento en la propiedad y el control privados de los medios de tal actividad»¹¹. Son sociedades donde se produce una confluencia entre la concentración del poder económico privado junto con una creciente importancia del sector público. En efecto, el Estado posee y administra un amplio número de industrias y servicios desempeñando un papel creciente en la ordenación, control y planificación del mercado. A través de éstos y otros mecanismos, el Estado interviene activamente en la vida económica de la sociedad, aunque, como aclara, la intervención estatal no tenga nada nuevo en la historia del capitalismo, pero lo cierto es que pretende ser un poder contrapesador efectivo del poder del sector privado, convirtiéndose así en una empresa gigantesca.

En esta línea, y a partir de los presupuestos ya explicitados, lo que Miliband va a intentar es mostrar la importancia política de esta concentración de poder que está determinada por la visión dual de la sociedad. Puede estructurarse su reflexión en torno a los siguientes puntos:

1. *Una visión clásica del marxismo de la clase dominante y de las élites bajo el capitalismo y de su imbricación en la estructura del Estado*, de forma que se produce una autoalimentación entre los dirigentes del sector privado y la clase política que dirige la Administración y el sector público de la economía. Esta visión se articula sobre dos cuestiones: primeramente, determinar si existe tal clase dominante y, con posterioridad, examinar si ejercen algún tipo de poder en las sociedades del capitalismo avanzado y en qué grado éste es decisivo. Respecto a la primera cuestión, y tras un análisis previo de la estructura de estas sociedades que le lleva a aceptar matizadamente el esquema marxista clásico, concluye afirmando que existe, a pesar del alto grado

11. MILIBAND, R., *El Estado en la sociedad capitalista*, op. cit., p.10.

de nivelación que ha supuesto el Estado social, un clase de personas que detentan la mayor parte de la propiedad «en una u otra forma y que recibe también grandes ingresos»¹². Pero considera que no existen buenas razones para aceptar la tesis propuesta por los teóricos liberales de que ha aparecido una nueva clase que estaría formada por los gerentes y los directores de las grandes empresas no propietarios de las mismas. La razón aducida evidencia que unos y otros, la clase dominante y la gerencial, se extraen de las mismas capas sociales, esto es, de las clases altas y de las medias altas, y, por tanto, tienen una misma formación social y cultural y una misma visión y propensión a los negocios.

Sentada la primera premisa con la que pergeña su visión de las élites del capitalismo avanzado, analiza la noción de Estado y el carácter etéreo que suele darse en el habla común y la vida política. Un análisis de su estructura y de sus profundidades desvela que cinco son sus elementos centrales: el gobierno, la Administración, el instituto armado y la policía, el poder judicial, los gobiernos municipales y las asambleas parlamentarias. Pues bien, tras un examen de quienes participan y detentan el poder en los diferentes elementos de la estructura estatal, llega a la siguiente conclusión: «En verdad, uno de los rasgos más notables del capitalismo avanzado es, precisamente, el que podríamos describir, sin exageración mayor, calificándolo de creciente colonización de los estratos superiores de la parte administrativa del sistema». Pues, «este ingreso de los hombres de negocios en el sistema estatal ha sido muy frecuentemente muy subestimado». En suma, la élite estatal pertenece a la misma clase que los hombres de negocios»¹³ y de esta reflexión sobre el reclutamiento de los dirigentes estatales saca las pertinentes conclusiones: que se sirven de la estructura estatal para el logro de los intereses de clase y que, a su vez, procuran la reproducción del mismo esquema fomentando a través de la educación y de la formación, que los hijos de las clases superiores tengan acceso a los mismos puestos con mejores oportunidades que otros. Que el Estado social no ha logrado la permeabilidad social que se proponía.

2. *Un análisis de las funciones del gobierno.* Se fija principalmente en el papel de los gobiernos para el mantenimiento del poder de la clase dominante. Incluso, cuando el Estado se ve obligado a ir «contra» algunos derechos de propiedad o a erosionar algunos derechos de los gerentes o directores de empresas o reequilibrar la relación entre el capital y los trabajadores, lo hace en su beneficio. Lo que es criticado por los conservadores como una intromisión del Estado en la sociedad, trata, en realidad, de «paliar los males producidos por un poderío económico irrestricto». Se presta «un importantísimo servicio a los dueños

12. *Ibidem*, p. 27.

13. *Ibidem*, p. 56 y 57.

de propiedad, aunque estos últimos rara vez se lo agradezcan» 14. Y concluye: «La empresa capitalista depende en grado cada vez mayor de las generosidades y apoyo directo del Estado, y sólo puede preservar su carácter “privado” con fundamento en tal ayuda pública. La intervención estatal en la vida económica, en efecto, es en gran parte una intervención con el objeto de auxiliar a la empresa capitalista. En ningún otro campo la noción de “estado benefactor” tiene un significado más preciso y propio que aquí: no hay solicitantes más persistentes y exitosos de la ayuda pública que los orgullosos gigantes del sistema de la empresa privada» 15. Se mejora siempre la economía capitalista incluso cuando quien accede al poder es un partido laboralista o socialista en el que, a partir de ese momento, se produce una escisión entre la retórica oficial y la dirección real del gobierno.

3. *Un análisis del papel de los funcionarios, los «servidores del Estado»*, en el conjunto de la Administración como casta privilegiada. Su exposición es muy crítica con la noción de «neutralidad» con que, a menudo, suele asociarse a los funcionarios. No son meros ejecutores de las políticas emanadas del gobierno, sino que desempeñan un papel determinante, muchas veces conservador, en la dirección de las mismas políticas. También la causa de esta realidad obedece a que estos servidores del Estado, sobre todo, los altos funcionarios, son extraídos y seleccionados de las clases superiores. Este aspecto sería una manifestación más de la proyección de las élites en el conjunto de la sociedad en aras de la defensa de una determinada visión de la colectividad.

4. *Un análisis del sistema de economía de mercado* que caracteriza de «competencia imperfecta» y de la función directora del gobierno. El estudio de Miliband de la competencia pretende desenmascarar el postulado liberal de que empresarios y trabajadores están en situación de igualdad en la competición del mercado. Ciertamente, la premisa inicial del pensamiento liberal, que se sustenta en la observación empírica de las relaciones interindividuales, parece consistente. Según ésta, en las sociedades capitalistas es posible y hasta se alienta que los diferentes grupos y asociaciones se organicen libremente y compitan entre sí en la realización de sus fines. Pero este análisis, básico para el liberal capitalismo, quiebra cuando se profundiza un poco más en la primera impresión y se lleva la observación hasta sus últimas consecuencias. En efecto, lo que tiene de malo esta teoría es «su afirmación de que los principales “intereses” organizados de estas sociedades, y sobre todo el capital y los trabajadores, compiten en términos más o menos iguales, y, por consiguiente, ninguno de ellos es capaz de alcanzar una ventaja decisiva y permanente en la competencia. Es aquí donde aparece la ideología y la observación se convierte en mito». Si con las tesis anteriores ha pretendido demostrar que las élites se extraen de

14. *Ibidem*, p. 77.

15. *Ibidem*, p. 77-78.

determinadas capas sociales, se forman y educan de acuerdo a los parámetros de una ideología conservadora del «*status quo*» y que disfrutaran de ventaja dentro de la estructura estatal para velar por sus intereses, con esta tesis, en el más puro estilo marxista, pretende mostrar que «el mundo de los negocios disfruta de una formidable superioridad *fuera* del sistema estatal también, en término de presiones inmensamente más fuertes que, por comparación con los trabajadores y con otros intereses, puede ejercer en la consecución de sus fines»¹⁶ Al existir diferentes modalidades de presión para el logro y protección de estos intereses se produce realmente una «competencia imperfecta» entre unos y otros. Incluso, el gobierno se ve afectado por dichas presiones, pues el control ejercido por los hombres de negocios sobre amplias esferas de la vida económica dificulta y limita la intervención de la Administración y una hipotética imposición de políticas restrictivas de privilegios.

5. *Un análisis de las formas y medios de legitimación y adoctrinamiento de las masas.* El concepto de Miliband sobre la legitimación del Estado tiene bastante que ver con el adoctrinamiento que se produce en la vida social. O, de forma gramsciana, con el concepto de «hegemonía». En realidad, sostiene la idea de que los procesos de socialización a los que se ve sometido el individuo desde que nace y entra a formar parte de la sociedad no son otra cosa que potentes mecanismos de interiorización de pautas y modos de conducta que, a la postre, legitiman la existencia de un Estado concreto. Desarrollando la vieja idea de Marx, entiende que las élites que dominan los medios de producción material dominan, a su vez, los medios de producción mental que utilizan para fabricar el consentimiento necesario para el mantenimiento del sistema. Fábricas de consentimiento son, en opinión de Miliband, desde las empresas privadas hasta el conjunto de instituciones estatales en las que hay presencia de esas élites. Incluye entre estos mecanismos también a los partidos políticos, al «factor religioso y clerical», el empleo ideológico del nacionalismo o del patriotismo. Pero confiere una especial importancia en el sostenimiento de esa hegemonía a los medios de comunicación, la prensa, la radio y la televisión. Destaca, en suma, la función ideológica, «oculta por muchos rasgos de la vida cultural» de la sociedad, de los medios de comunicación, de los sistemas educativos, incluyendo las Universidades, —propagadores de una ideología conservadora—, y el papel de los intelectuales.

III. ANATOMIA DEL CAPITALISMO TARDIO: A LA BUSQUEDA DE SUS CONTRADICCIONES

Tras, y a la par de, la obra de Miliband, se produjo un renacido interés por renovar los análisis de la estructura interna del capitalismo

16. MILIBAND, R., *El Estado en la sociedad capitalista*, op. cit., p. 141.

para adecuar los viejos esquemas marxistas a las nuevas realidades de la sociedad capitalista de la postguerra. Preocupa ahora el estudio de las interioridades del capitalismo tardío sin por ello abandonar las premisas marxistas. Los autores son conscientes de que el capitalismo decimonónico había evolucionado de forma extraordinaria y que una comprensión del mismo exigía una modificación de las viejas categorías. A esta labor se prestaron, entre otros, P. A. Baran y P. M. Sweezy, por un lado, y J. O'Connor, por otro, acabando por desvelar no sólo una anatomía del capitalismo, sino también una fisiología del mismo al mostrar sus tendencias inherentes a generar contradicciones y a caer en crisis críticas. La fortuna de sus análisis fue tal que sirvió hasta de base de estudios provenientes de sectores neoliberales.

Por un lado, conviene reseñar algún dato acerca de los autores mencionados. En primer lugar, P. A. Baran y P. M. Sweezy escribieron al alimón en 1968 el libro *El capital monopolista* que pretendía ser una radiografía del «capitalismo monopolista» que se instaura con posterioridad a la II Guerra Mundial en las sociedades occidentales y que es el resultado de la aplicación de las recetas keynesianas. El interés de esta obra estriba en que presenta un análisis desde el enfoque marxista de la estructura económica de las sociedades capitalistas en un momento en el que éstas están en fase de expansión, de desarrollo voraz. La maquinaria capitalista funciona, por tanto, a pleno rendimiento y presenta, en suma, su cara más grata. Por otra parte, previamente, en el año 1942, P. M. Sweezy había desarrollado en su libro *Teoría del desarrollo capitalista* los instrumentos analíticos que, orientándose en Marx, y remozándolo, iban a servir a ambos para su posterior estudio ¹⁷.

Por su parte, J. O'Connor, con sus dos obras *La crisis fiscal del Estado*, quien le dio una innegable fama intelectual, y *Crisis de acumulación* ¹⁸. Es uno de los estudiosos de más proyección más allá, incluso, de las fronteras de la escolástica marxista. Su análisis, sin lugar a duda, ha supuesto un cambio en la línea tradicional del pensamiento marxista sobre el Estado, pues, retomando las conclusiones de Baran y Sweezy sobre el capitalismo monopolista y a la luz de los acontecimientos de finales de los 60s acaecidos en Estados Unidos, replanteó con originalidad alguno de los presupuestos básicos del marxismo para profundizar, con rigor y sobriedad, en las causas de las contradicciones internas del capitalismo. Sus conclusiones y sus tesis, por provocadoras en alguna medida, han tenido una difusión fuera de toda duda e, incluso, paradójicamente han servido de sólidos argumentos a la devastadora crítica y al asalto que, desde esas fechas, ha realizado el pensamiento

17. SWEEZY, P. M. *Teoría del desarrollo capitalista*, trad. H. Laborde, 11.ª reimp., Madrid, Siglo XXI, 1982.

18. O'CONNOR, J., *La crisis fiscal del Estado*, prolog. Fco. Murillo, Barcelona, Península, 1981, y *Crisis de acumulación*, trad. M. Aurelio Galmarini, Barcelona, Península, 1987.

liberal y conservador contra el Estado social. En buena medida, a ello contribuyó el hecho de que, al poco de escribir su primera obra, en 1973, tuvo lugar una de las crisis económicas que más huella ha dejado en la evolución del capitalismo y que O'Connor anticipaba prodigiosamente sólo con un estudio de los mecanismos y de la estructura de la economía de mercado. Se convertía en realidad lo que sólo aparecía, en principio, sobre el papel.

El punto de partida del análisis de Baran y Sweezy supone ya un cambio respecto a los postulados marxistas tradicionales y, sobre todo, un reconocimiento a las transformaciones que se habían producido en el capitalismo del siglo XIX: «Debemos reconocer que la competencia, que fue la forma predominante de las relaciones de mercados en el siglo diecinueve, ha cesado de ocupar tal posición, no solamente en Inglaterra sino en todas partes del mundo capitalista. Hoy la unidad económica típica en el mundo capitalista no es la pequeña firma que produce una fracción insignificante de una producción homogénea para un mercado anónimo, sino la empresa en gran escala que produce una parte importante del producto de una industria, o de varias industrias, y que es capaz de controlar el precio, el volumen de su producción y los tipos y cantidades de sus inversiones»¹⁹. Precisamente, esta visión de la evolución desde la pequeña empresa hasta la formación de los monopolios configura su concepto básico del «capitalismo monopolista» que es el fenómeno sobre el que centran su atención y análisis. Y, en particular, lo que pretenden escudriñar es la generación de los excedentes por las empresas monopolistas y los mecanismos del mercado en general para absorber dichos excedentes. Para estos autores, el excedente «es la diferencia entre lo que una sociedad produce y los costos de esta producción». Viene a ser «un índice de productividad y de riqueza, de libertad que tiene una sociedad para alcanzar las metas que se ha fijado a sí misma». Por ello, el problema planteado estriba en descubrir dónde se encuentran esos excedentes, sus disfraces, y en estimar su magnitud. Y a esto dedican la totalidad de su libro²⁰.

Por supuesto, tras estas afirmaciones, se halla el presupuesto de que la empresa monopolista —las grandes corporaciones que surgen a finales del XIX y que son lugar común en la imagen industrial del XX— están guiadas por la lógica de hacer ganancias aún más que en el sistema de economía de pequeños empresarios que dominó la primera fase del capitalismo, aunque, todo hay que decirlo, es una lógica muy distinta. Como expresan ambos autores, la diferencia estriba en el funcionamiento del mecanismo de precios: «La diferencia básica entre los dos es bien conocida y puede resumirse en la proposición de que bajo el capitalismo competitivo la empresa individual “capta los precios”,

19. BARAN, P. A. y SWEETZY, P. M., *El Capital monopolista*, trad. A. Chávez, 11.ª edic., México, Siglo XXI. 1986, p. 10.

20. *Ibidem*, p. 13.

mientras que bajo el capitalismo monopolista la gran empresa “hace los precios”»²¹. Lo que quiere decirse con ello es que «las corporaciones gigantes», nombre con el que tildan también a las empresas monopolísticas, son artífices de los precios por cuanto pueden y, de hecho, eligen los precios de cada producto, y allá donde su actuación no sea posible o esté limitada por cualquier circunstancia intervendrá el Estado en los mecanismos de mercado para hacer que el sistema funcione mejor ya sea a través de actividades impositivas y de gastos, ya sea a través de una política hacia el exterior. No es que, por tanto, haya desaparecido la competencia entendida al viejo estilo, sino que se ha transformado en la búsqueda de más excedentes.

Precisamente, estos autores prestan una especial atención al papel del gobierno en los mecanismos de absorción de estos excedentes ya sea a través de los gastos corrientes de la gestión ordinaria, ya sea a través de los gastos de defensa. Si algo quieren rebatir es la idea de que el Estado con estas actuaciones está detrayendo capital en manos privadas cuyo uso sería más eficiente. Por el contrario, «las grandes y crecientes cantidades de excedentes absorbidos por el gobierno en décadas recientes no son, repetimos, deducciones de lo que de otra manera estaría disponible para propósitos privados de empresas e individuos»²².

Pues bien, el examen de la estructura del capitalismo monopolista, de las transformaciones en su organización más global, del funcionamiento del mecanismo de precios y, en general, de su desarrollo lleva a ambos autores a una visión pesimista, hasta apocalíptica, podría afirmarse, del sistema. Del «sistema irracional», como conclusión final al comprobar la contradicción inherente al capitalismo: «La contradicción entre la racionalidad creciente de los métodos de producción de la sociedad y la organización que los comprende, por una parte, y la constante elementalidad e irracionalidad en el funcionamiento y percepción del conjunto, por otra, crea el campo de desperdicio ideológico que es el signo distintivo del capitalismo monopolista. Pero debemos insistir en que esto no es, como algunos apologistas del *status quo* nos hacen creer, “el fin de la ideología”; es el desplazamiento de la ideología del capitalismo ascendente por la ideología de la crisis general y de la decadencia del orden capitalista mundial»²³. Una contradicción que es consecuencia de su incapacidad para absorber tantos excedentes como es capaz de producirlos. El problema es no cómo utilizar de la mejor manera los recursos escasos, sino cómo deshacerse del producto final que ha resultado ser superabundante²⁴. El capitalismo aparece como un sistema incapaz de estimular la suficiente demanda que pueda absorber la cantidad tan desmesurada de productos que, por otra parte, tan esmeradamente es capaz de producir.

21. *Ibidem*, p. 48.

22. *Ibidem*, p. 120.

23. *Ibidem*, p. 269.

24. *Ibidem*, p. 90.

Y ello conduce a una crisis global. Una crisis global por cuanto el sistema, como consecuencia de la contradicción anterior, no logra uno de sus objetivos básicos: cual es conseguir unas cotas más altas de riqueza y bienestar para los ciudadanos. Por el contrario, los autores achacan a estos problemas de fondo del capitalismo monopolista buena parte de las tendencias a la crisis que pueden observarse en la sociedad americana: desde las tensiones sociales originadas por las cuestiones raciales hasta las enormes diferencias existentes entre ricos y pobres y la aparición, de nuevo, de la desocupación y subocupación —lo que Marx llamó el ejército industrial de reserva—. Todo ello confluye en un panorama bastante negro: desorientación, apatía y desesperanza, que tiene sus repercusiones en una valoración general sobre la sociedad norteamericana: «Una pesada, asfixiante sensación de vaguedad y futilidad de la vida invade la moral del país y el ambiente intelectual»²⁵. Y de este convencimiento vino la vacuna: las cruzadas de Reagan y Bush.

A estas aportaciones de la obra de Baran y Sweezy se sumó la obra de J. O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, que tuvo el don de la oportunidad al poner al desnudo las causas de la decadencia del capitalismo y al desvelar facetas ocultas del Estado social. En su discurso radical, ya no se habla exclusivamente de un *Welfare State*, parangón del Estado social cuyo objetivo sea la asistencia social para los ciudadanos, incluyendo a los trabajadores, sino que, buscando aún más las paradojas, afirma que el Estado del Bienestar es un *War State*, pues su objetivo no es otro que el de detraer capital del sueldo de los trabajadores a través de medidas fiscales para destinarlo a la expansión de los gastos militares. En su configuración final, el Estado deviene así en un «Estado bélico-asistencial». Puesto que «el crecimiento de los gastos del Estado de asistencia social y el de los bélicos, constituyen un solo proceso (o dos aspectos del mismo proceso)»²⁶. Precisamente, uno de los méritos de O'Connor fue poner el acento en la aparición y desarrollo del complejo industrial militar y en su importancia en la dirección política del gobierno de los Estados Unidos.

No obstante, del análisis de O'Connor se deduce, y he aquí una de las razones de su interés, que el Estado social, o de Bienestar aunque no sean conceptos con una identidad plena, estaba en una situación de bancarrota técnica precisamente por la conjunción de sus dos postulados básicos —Estado bélico y asistencial—, que, en su opinión, entran claramente en contradicción por la misma dinámica de los hechos. Al ser, por un lado, Estado asistencial debe procurar un bienestar mínimo y generalizado para todos los ciudadanos en todas las situaciones de su existencia lo que implica un considerable aumento de gastos sociales. Al ser, por otro lado, Estado bélico apoya decididamente uno de los

25. *Ibidem*, p. 224 y ss.

26. O'CONNOR, J., *La crisis fiscal del Estado*, *op. cit.*, p. 56.

sectores económicos más preponderantes e influyentes en el desarrollo global —no olvidemos que tiene delante el panorama norteamericano y su papel en la política planetaria—. Se logra un beneficio privado, pero a costa de inversiones públicas. Ante esta situación de continua exigencia de inversiones y gasto públicos, el Estado no tiene más remedio que detraer cantidades dinerarias de donde puede, es decir, de quienes tienen las cuentas claras: trabajadores y funcionarios. Pero la conjunción de estas variables tiene un tope. El Estado no puede estar exigiendo continuamente lo que, por otra parte, es limitado. El resultado de todo ello es el colapso o, lo que llama O'Connor magistralmente, la crisis fiscal del Estado. «Hemos denominado “crisis fiscal del Estado” a esta tendencia del gasto gubernativo a aumentar más rápidamente que los ingresos. No es que haya una ley inflexible por la que el gasto tenga que crecer siempre con mayor rapidez que los ingresos, pero es un hecho que las necesidades crecientes a las que sólo el Estado puede hacer frente producen mayores demandas sobre el presupuesto estatal» 27. Esto es, la imposibilidad de expropiar fiscalmente a los ciudadanos con fines públicos; la imposibilidad de nuevos ingresos que sirvan para sufragar el crecimiento continuado de gastos públicos, aunque éstos beneficien a unos pocos sujetos privados. Por eso mismo, aventura un final cruento para el capitalismo, pues la crisis fiscal deriva por su lógica interna en una crisis social: «Tarde o temprano, la crisis fiscal comienza a amenazar las condiciones tradicionales de la “paz laboral” en las industrias monopolistas. La crisis fiscal es básicamente una crisis social: los antagonismos económicos y políticos dividen no sólo al capital y al trabajo sino incluso a la propia clase trabajadora» 28.

Pero, el análisis de O'Connor no se queda en la mera denuncia de un estado de cosas, sino que penetra en las entrañas del problema y es aquí donde se encuentran sus sugerencias más interesantes desde un enfoque marxista del capitalismo. En efecto, reconociendo que su marco teórico está basado en las categorías marxistas, aunque adaptadas al examen fiscal del capitalismo, aclara que «nuestra primera premisa es que el Estado capitalista debe tratar de satisfacer dos funciones básicas y a menudo contradictorias: *acumulación y legitimación*» 29. De acuerdo a esta doble función, el Estado debe, por un lado, alentar todo lo posible el aumento de los beneficios del capital aun a costa de inversiones continuas en sectores influyentes de la economía nacional. Debe, por lo tanto, fomentar e intervenir en el proceso de acumulación de excedentes en manos privadas. Y, además, debe procurar la justificación del sistema global, y su orden y seguridad, mediante medidas tendentes a tranquilizar a los trabajadores y al resto de ciudadanos a través de políticas de subvenciones y ayudas sociales generalizadas.

27. *Ibidem*, p. 20.

28. *Ibidem*, p. 68.

29. *Ibidem*, p. 26.

Se trata, en definitiva, de asegurar la lealtad de las masas creando las condiciones necesarias para promover la armonía social, para lo cual debe satisfacer numerosas demandas, a veces, incluso, a costa de inversiones en sectores de la economía y al margen de su posible racionalidad.

No obstante, al margen de esta función de legitimación que cumple la intervención estatal, O'Connor aclara el importante papel que tiene el Estado para fomentar los beneficios privados, la acumulación privada de capital. En este sentido, el Estado sigue siendo un instrumento en manos de los hombres de negocios que se sirven de él dirigiendo sus actuaciones hacia aquellos sectores e impulsando determinadas acciones que sólo beneficia al capital privado. En este sentido, la anatomía que hace del capitalismo norteamericano tiene todavía una amplia vigencia. Desentraña cuál es su estructura y, en particular, estudia con detalle las relaciones entre los sectores de la economía de una sociedad postindustrial. Desvela cómo las reglas tradicionales del mercado sólo tienen vigencia en el «sector competitivo» compuesto principalmente por «industrias competitivas organizadas por el pequeño capital» y cuyo éxito depende de mercados inestables e irregulares. Junto a estas industrias cuya existencia todavía se rige por las leyes del mercado, se halla el sector monopolista y el sector estatal estrechamente entrelazados y cuya extensión y proyección en la economía es lo que caracteriza al capitalismo contemporáneo. El sector monopolista, compuesto por las industrias de mayor tamaño, no se regirían por las leyes de mercado puesto que, como dominan las diferentes escalas de la producción administran e, incluso, imponen los precios finales. Al mismo tiempo, son el «motor» de la acumulación de capital y del crecimiento económico. Ahora bien, aunque parezca paradójico, resulta que «el crecimiento del sector monopolista conduce indirectamente a la expansión del sector estatal, en especial de los gastos sociales de producción»³⁰. En efecto, si el sector estatal, destinado principalmente a la producción de servicios, ha aumentado considerablemente, se debe a que el sector monopolista ha demandado del Estado una mayor inversión social — gastos sociales generales y, además, gastos en transporte, comunicaciones, investigación y desarrollo, educación, y en otros servicios— con la particularidad de que «no financia la inversión social (o capital social constante) sino que los costos de ésta se socializan y recaen sobre el Estado»³¹.

IV. LAS TENDENCIAS INHERENTES A LA CRISIS EN EL CAPITALISMO TARDIO

Los análisis anteriores y la crítica de O'Connor no cayeron en saco roto entre los teóricos marxistas. El análisis de las contradicciones y de

30. *Ibidem*, p. 55.

31. *Ibidem*, p. 50.

la crisis del capitalismo ha calado hondo en la literatura marxista y así, con posterioridad a su obra, ha sido un tema recurrente que ha fructificado en interesantes aportaciones. Dicha literatura encuentra en el desvelamiento de las contradicciones internas del capitalismo un estilete con el que urgar en profundidad en las heridas del capitalismo tardío y a ello se van a prestar con verdadera obsesión autores como A. Wolfe³² o C. Offe. Si algo es una novedad en sus investigaciones, estriba en que ya no centran tanto su análisis en los viejos problemas del capitalismo en el logro de la acumulación privada de capital y en la lucha de clases y las tensiones que origina, sino en cómo existen en su interior elementos que abonan la tendencia a la progresiva pérdida de legitimación a la que se ven abocados en la actualidad los Estados en las sociedades avanzadas, al fracaso, en suma, de los procesos de socialización y a la quiebra de la confianza de los ciudadanos en el propio sistema.

En el caso de Wolfe y su libro *Los límites de la legitimidad*, su análisis parte del intento que ha hecho el capitalismo tardío por armonizar los dos principios básicos y presupuestos de dos tradiciones distintas: el de la democracia, que promueve una participación directa e igual de los ciudadanos en la gestión pública, y el del liberalismo, que justifica la apropiación y acumulación privada de bienes y recursos. Estas dos tendencias contradictorias son el caballo de batalla del Estado social en cuanto que su objetivo será armonizarlos, aunque, en opinión de Wolfe, al final, el conflicto estalla y conduce a un punto de no retorno, sin salida. «Según Wolfe, la tensión entre ambas ideologías ha sido una constante en la historia política de las sociedades avanzadas a la que se han dado diferentes soluciones, pero todas han sido temporales, porque el conflicto es irresoluble»³³. El Estado no puede satisfacer ambas exigencias a la vez sin incumplir alguna. Y la cuestión es, sobre todo, que difícilmente puede satisfacer las demandas populares más democráticas y, dado que ésta es una base de la legitimación estatal, obliga a los dirigentes a enmascarar su ineficacia, a disfrazar su impotencia y a buscar otras vías para la pervivencia del Estado capitalista. En efecto, el intento por armonizar estos dos polos, por amortiguar las tensiones ha deparado que el Estado capitalista haya sufrido seis trans-

32. Merece la pena transcribir el siguiente párrafo con el que cierra el «Prefacio» de su libro: «Mientras escribía el libro reflexioné algunas veces sobre el aislamiento que producía el ser un marxista en la más burguesa de las culturas, pero ese tipo de sentimiento fue finalmente neutralizado por la emoción de participar con gente de igual mentalidad en una búsqueda libre de un entendimiento tan importante como pasado por alto. Entre el momento en que empecé el libro y en el que lo terminé se había desarrollado dentro de las ciencias sociales norteamericanas un espíritu crítico, pequeño pero viable, de modo que ya no me sentí tan solo. Es al crecimiento de ese espíritu de búsqueda comprometida aunque no dogmática, que quiero dedicar este libro». WOLFE, A., *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*, trad. T. Carbó, México, Siglo XXI, 1987, pp. 16-17.

33. RUBIO LARA, M.^a J. *La formación del Estado social*, op. cit., p. 399.

formaciones profundas en su estructura, que haya pasado por un elenco de formas distintas hasta el momento actual. En cada fase de estos desarrollos, se intenta un compromiso global que, a la postre, siempre se rompe. Hasta que las soluciones, como explica, se agotan y el capitalismo avanzado se estanca³⁴.

El resultado de esta evolución es que la tarea de gobernar el Estado en el capitalismo tardío es una tarea imposible; el ser una cosa y otra a la vez, el actuar de dos formas distintas simultáneamente. El fomentar los procesos de acumulación apoyados con una retórica democrática huera o buscar una legitimación en base a una mayor participación democrática con un menoscabo de la acumulación privada. El Estado *se reifica* ante esta situación. «Cuanto más falla el Estado, más venerado es, y cuanto más venerado, mayor es su fracaso. A este proceso por medio del cual se atribuye al Estado una variedad de poderes míticos, lo llamaré la reificación del Estado»³⁵. Es la expresión tangible del agotamiento de las alternativas políticas en el capitalismo tardío.

34. El estudio de Wolfe es, por tanto, un estudio en profundidad, que no se queda con una definición superficial del capitalismo tardío y el Estado del Bienestar, sino que analiza las diferentes modulaciones y disfraces de la realidad estatal para adaptarse a las tensiones entre liberalismo y democracia, para amortiguarlas. Pocos análisis son tan interesantes como el que este autor realiza, y tan documentado y tan alejado de los tradicionales estudios ahistóricos, pues patentiza la dinámica interna del poder estatal desde sus primeros tiempos. Desde un «Estado acumulativo», la primera forma estatal, en el siglo XIX y que materializa un compromiso entre el nuevo liberalismo y el Estado estamental y jerárquico del Antiguo Régimen, transformado en «Estado armónico», primer estado propia y genuinamente capitalista pues se legitima concediendo a todas las clases los beneficios de la acción de la clase dominante; luego el «Estado expansionista», que surge del conflicto entre liberalismo y democracia resuelto a través de una huida hacia delante con el imperialismo y el colonialismo; a su vez, transformado en «Estado franquicia» que emerge en los años 30 como consecuencia de la lucha de clases y de la presión democrática y que se sustenta en la aparición del corporativismo, esto es, de la delegación del poder estatal en organizaciones privadas, confinando al Estado a su mínima expresión; el fracaso de estos mecanismos de cooperación voluntaria originó la intervención estatal y la aparición del «Estado dual», el Estado con dos rostros, el de la acumulación y el de la legitimación, como ha descrito O'Connor, el de los ricos y el de los pobres, que, finalmente, concluye en el Estado actual que, en su opinión, se caracteriza por ser un «Estado transaccional» que entiende los problemas y las soluciones previas hacia un ámbito que rebasa el Estado-nación, pero que no los traslada lo suficientemente lejos de sus fronteras como para llegar a un nuevo orden mundial, con lo que se intensifican las contradicciones, ahora a escala mundial.

35. WOLFE, A., *Los límites de la legitimidad*, op. cit., p. 304. Reificación que se manifiesta en: 1.— *La personificación*, que es un producto de la inversión de papeles entre el Estado y los ciudadanos. Ya no se ve al Estado como producto de la actividad de la gente, sino que sus actividades son personificadas, dotadas de características humanas, mientras que lo referente a los ciudadanos se objetiva y deshumaniza, se convierte en un instrumento del Estado. 2.— *La objetificación*, pues se hace aparecer al Estado como una cosa concreta y no un instrumento de la voluntad de las personas. 3.— *Su epicización*, proceso por el cual los gobernantes no son vistos como servidores del Estado, sino que se transforman en héroes políticos.

En una línea muy parecida, el análisis de C. Offe sobre las contradicciones del Estado social es bastante deudor de las aportaciones de los autores citados, pero, al mismo tiempo, apunta novedosas líneas de investigación. Las propuestas de Offe en su análisis del Estado capitalista en su forma histórica actual hunden sus raíces en una profunda formación marxista, que le hace observar las tendencias a la crisis existente en el capitalismo, y en el empleo de la metodología propia de la teoría de sistemas y, en particular, a partir de unas variaciones de la de Luhmann, de la que hace uso precisamente para descubrir las causas de las crisis del Estado social. Pero, sus interesantes y provocadoras aportaciones no pueden ser comprendidas sin considerar su noción de Estado y del reconocimiento de la dificultad para obtener un concepto real, no dogmático y formal, que atienda, por tanto, a sus funciones. En este sentido, dice: «El Estado capitalista ya no puede caracterizarse como un *instrumento* al servicio del capital (un interés que ni es homogéneo ni se “comprende globalmente”); este Estado se caracteriza, más bien, por estructuras organizativas y constitucionales cuya selectividad específica se ordena a reconciliar y armonizar la economía capitalista “organizada privadamente” y los procesos de socialización disparados por esta economía»³⁶. Ahora bien, el equilibrio de estas dos variables —por un lado, la economía capitalista y, por otro, la socialización de las masas— depende de una correcta articulación entre tres subsistemas que se caracterizan, y he aquí su revisión de Luhmann, por estar «en función de los medios reguladores específicos implicados». Distingue así el *sistema económico* cuya expresión es la continua intervención estatal en la eliminación de los defectos internos del funcionamiento del mercado, pero que, a su vez, transfiere parte del valor obtenido al sistema político-administrativo. El *sistema político-administrativo* establece las expectativas, demandas y pretensiones de la estructura estatal y de los servicios burocráticos condicionando las actuaciones del *sistema normativo o de legitimación*, pero, con la contrapartida, de que la existencia de los servicios organizativos del Estado dependen de la lealtad de las masas cuya función corresponde a este último sistema que está, por su parte, determinado por el carácter ideológico y represivo del sistema político.

Tras esta radiografía, Offe concluye que la vulnerabilidad del Estado tiene su causa en la necesidad en la que se encuentra para perseguir la multitud de metas que se ha impuesto, muchas de ellas a través de estrategias contradictorias, y que, en realidad, producen interferencias entre los diferentes subsistemas que componen el sistema social. Estos litigios fronterizos entre subsistemas son los que limitan la capacidad del Estado para legitimarse. Cada subsistema genera intereses contra-

36. OFFE, C., «Crisis en el manejo de la crisis: elementos para una teoría de la crisis política», en *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, versión española de A. Escotado, Madrid, Alianza Universidad, 1990, p. 61. Vid. E. DIMAT, *De la maldad estatal, la soberanía popular*, Madrid, Debate, 1984, cap. IV.

puestos entre los cuales es imposible el compromiso. «No se puede legitimar una institución que destruye con la mano izquierda lo que construye con la derecha»³⁷. El problema central del Estado capitalista actual estriba no sólo en mantener un equilibrio entre los servicios que presta y lo que extrae para financiar su costo o entre la lealtad de las masas y las funciones represivas del Estado, sino en evitar que la mejora de una variable del funcionamiento suponga el empeoramiento de otra.

Su tesis es que en el «manejo» de estos problemas, es decir, en su función reguladora, el Estado acaba logrando «un efecto de auto-obstrucción» que le lleva inexorablemente a la crisis. Ciertamente, el Estado maneja y sortea la crisis utilizando los mecanismos que tiene a su alcance. Principalmente, tres: los recursos fiscales, la racionalidad administrativa y la lealtad de las masas. Pero, los tres devienen incapaces para resolver la tendencia auto-contradictoria de la política estatal manifestada en las transferencias que se producen entre los subsistemas descritos. El uso de los recursos fiscales por cuanto, aceptando y reformulando la tesis de J. O'Connor, llegado un momento no sirven para lo que se había previsto, esto es, el crecimiento económico, la coordinación con la planificación económica y la estabilización social. La racionalidad administrativa en el sentido de Weber y dentro del proceso de complejidad y diferenciación de la burocracia que caracteriza los tiempos actuales presenta claros vestigios de irracionalidad que no son sino la expresión del enclaustramiento interno de la Administración, la falta de coordinación y la pérdida de capacidad para procesar información sobre la realidad y, por lo tanto, para predecir y planificar actuaciones futuras. Respecto a la lealtad de las masas, observa el fracaso de los mecanismos socializadores en su función de obtener una aceptación generalizada de las normas culturales y símbolos específicos del sistema. De ahí, en suma, que lo que explica la crisis del Estado es su incapacidad «para prevenir y compensar las crisis económicas». Con la paradoja de que «si la política estatal quiere ser correcta se ve forzada a apoyarse sobre medios que violan la relación capitalista dominante o minar las exigencias funcionales —la legitimidad y la competencia administrativa— de la propia regulación estatal»³⁸. Como dice un comentarista de excepción: «Offe alega que los Estados del Bienestar están dejando rápidamente de ser la solución viable a los problemas socio-políticos generados por las sociedades capitalistas tardías, porque los sistemas de vida social y económica ya no se armonizan con las exigencias del sistema político-administrativo. Las “panaceas” de la intervención estatal, y la regulación misma, pasan a hacerse problemáticas. Los sistemas ligados al Estado del Bienestar engendran más fracasos en

37. Frase de Picó con la que resume el ideario de Offe. PICÓ, J., *Teorías sobre el Estado del Bienestar*, op. cit., p. 125.

38. *Ibidem*, p. 71.

planes, más resistencia social y más conflicto político del que pueden resolver; las propias estrategias para el manejo de la crisis empleadas por el Estado del Bienestar se ven sometidas a nuevas formas de tendencia a la crisis»³⁹.

V. CONSIDERACION FINAL

Por supuesto, en el repaso realizado hay alguna que otra ausencia, pero, no obstante, en lo visto pueden encontrarse las líneas maestras de la postura marxista frente al Estado social. Destaca, en coherencia con la tradición clásica, la ácida crítica a los orígenes y desarrollo del Estado como encubridor de las fuerzas del capitalismo y de sus injusticias. Cómo no, la atención se centra en el descubrimiento de las contradicciones inherentes, principalmente entre la exigencia de ser un instrumento de los procesos de acaparación y las necesidades de legitimación. Precisamente, esta tensión es la que debe llevar a la crisis final. Y, ciertamente, con este modelo logran una radiografía bastante fiel del sistema.

No obstante, chocan estas predicciones con el día a día de la pervivencia y las actitudes políticas. En efecto, la verdad es que, pese a las duras críticas que las corrientes marxistas realizan al capitalismo tardío y al Estado social, su actitud en la práctica política es bastante medida y meditada. Como ejemplo puede citarse a Offe quien, crítico como es con todo lo que concierne al Estado social, sin embargo, propone como vía de salida la del «socialismo democrático», aunque éste se parece poco al que conocemos hoy en día, pues defiende la acción política de los movimientos sociales —feminismo, ecologismo y pacifismo—. No rechazan los servicios sociales y la obligación del pleno empleo. Pero, ante la actuación de los partidos conservadores, el problema de la inflación rampante que va acompañada de recortes en los servicios sociales y el desempleo, los teóricos marxistas parece que esperan más la intensificación de las tensiones sociales y, por derivación, la militancia política. Pero, mientras tanto, hasta que esto suceda, la práctica política de las corrientes marxistas se centra sobre todo, entre otros supuestos, en la defensa de los servicios sociales y de la obligación del pleno empleo, dos pilares básicos de la ideología que sustenta el Estado social, con lo que, paradójicamente, se vuelven sus más fieles seguidores.

39. KEANE, J., «Introducción» al libro de C. Offe *Contradicciones en el Estado del Bienestar*, *op. cit.*, p. 19.

III

IN MEMORIAM

